

Memoria Lúcida

IV

LA CONCIENCIA DESPIERTA

FUNDACIÓN
Miguel Ángel Blanco

JOSÉ LUIS PARDO
filósofo y ensayista

TEXTO ORIGINAL PARA LA FMAB,
LEÍDO EN EL ACTO POR EL XX ANIVERSARIO MIGUEL ÁNGEL BLANCO, LA CONCIENCIA DESPIERTA

LA CONCIENCIA

Despierta

JOSÉ LUIS PARDO



12/07/1997. Un policía municipal llora delante de las flores y pañuelos depositados ante el Ayuntamiento de Pamplona, en protesta por el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco a manos de ETA. Foto: Reuters



Hay pocas cosas más paradójicas que la conciencia. Por una parte, es indiscutiblemente individual: a cada hombre le habla con su propia voz. Pero, por otra parte, esa voz que resuena en la intimidad no es particular sino universal, es la de todos los demás hombres. No necesariamente la de los hombres concretos que nos rodean, sino la exigencia de un valor que tiene que valer para la humanidad, la exigencia de que nuestros actos se rijan por una norma que pudiera tener validez para cualquier hombre. Así, lo más individual está ligado a un conocimiento compartido, público. Y también al revés: ese valor universal, público, sólo lo es de verdad cuando resuena en la voz de un individuo.

De ahí una segunda paradoja: aunque la palabra "conciencia" remite al conocimiento y al acto de discernir y juzgar, y por tanto parece sinónimo del estado de vigilia, nada es más sencillo ni más corriente que desoír esa voz y mantenerla adormecida, en un estado de somnolencia moral que, de hecho, desvincula nuestras acciones de las de los demás hombres, que nos permite soñar que nuestra conducta no está afectada por esa exigencia pública de validez universal, que nos deja creer que somos una excepción a la regla y mantiene nuestra conciencia moral anestesiada.

Si unimos estas dos paradojas, comprenderemos que todas aquellas situaciones en las cuales el valor del individuo queda anulado o sometido al de una autoridad superior que "piensa por él" y "decide por él", todas aquellas situaciones en las cuales el individuo queda convertido en un instrumento al servicio de "fines más elevados", son de hecho situaciones de adormecimiento de la conciencia

◀ **14/07/1997.** Bilbao. Jóvenes pacifistas concentrados frente a la sede de Herri Batasuna en el barrio bilbaíno de Santutxu, tras el asesinato de Miguel Ángel Blanco. **Foto:** El Correo

“

«El valor de esa conciencia despierta no puede exagerarse, porque no sólo nos advierte contra el avasallamiento y la sumisión por parte de tantas fuerzas exteriores que nos amenazan, sino que sobre todo es la úncia que nos protege contra nuestra propia miseria moral»

”

moral en las que la voz insustituible de cada cual transfiere la responsabilidad por sus actos a otra instancia que pretende situarse "por encima" de la conciencia individual. Y comprenderemos también que esos fines presuntamente "más elevados" están en realidad muy por debajo de las exigencias de validez universal inherentes a

la conciencia y que son, por tanto, fines particulares disfrazados de "intereses colectivos".

La peculiar invención que llamamos "sociedades democráticas", tal y como nacen de la revolución ilustrada, comporta el reconocimiento de que no hay ningún fin "más elevado" que aquel que cada individuo decide libremente perseguir escuchando la voz de su conciencia. Pero esto no significa que estas sociedades estén formadas por déspotas particulares que intentan imponer su arbitrio a los demás, sino justamente lo contrario: que la condición para que cada cual pueda intentar realizar su proyecto individual de vida es que todos los demás individuos también puedan hacerlo. Es decir, que la libertad de cada individuo sólo puede realizarse (o sea, sólo puede ser real y no simplemente ideal) si se sostiene sobre la libertad de todos los demás. Las instituciones políticas de las sociedades democráticas son las encargadas de encarnar materialmente este principio en las diferentes circunstancias históricas. Y en ellas se plasma, pues, en términos políticos, aquella estructura moral que acabamos de evocar: que la conciencia individual es siempre conciencia universal, conciencia del valor universal de la dignidad y de la libertad individual.

" Hay pocas cosas más paradójicas que la conciencia. Por una parte, es indiscutiblemente individual: a cada hombre le habla con su propia voz"



12/07/1997. Las fiestas de San Fermín se interrumpen en Pamplona tras el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco. Los jóvenes atan sus pañuelos en torno a la fotografía del concejal.
Foto: Jon Dimis.

Pero no solamente ocurre que las encarnaciones históricas siempre dejan bastante que desear con respecto a los principios que las inspiran, sino que las sociedades democráticas, como cualquier otra organización social, necesitan para su funcionamiento estructuras colectivas complejas en las cuales puede siempre producirse ese fenómeno de “adormecimiento de la conciencia” al que antes nos referimos, ese fenómeno de transferencia de la responsabilidad individual a una instancia colectiva, de anestesia de la conciencia moral e incluso de la conciencia civil, que a veces llega a percibirse como “natural” o “normal”. Y es por ello que a menudo la “conciencia despierta” se presenta como un acontecimiento, como una emergencia o una irrupción, como una brusca sacudida en un medio que la mantenía la sensibilidad amortiguada. No basta con decir que todos los hombres tienen conciencia moral o que todos los ciudadanos han de tener, por el hecho de serlo, conciencia cívica. No basta con decir que, incluso en situaciones extremas, esa conciencia

no puede estar del todo adormecida o silenciada, que la conciencia no puede nunca creer hasta el final en su sueño o confundirlo del todo con la realidad. Esto es, sin duda, cierto, pero también lo es que hay poderosos medios para mantenerla aletargada; algunos, como la violencia, suelen venir de fuera; pero otros sedantes nos los administramos nosotros mismos para combatir la vigilia.

Y, sin embargo, hay acciones humanas que despiertan en cierto momento la conciencia dormida, que hacen surgir en el dolor de una voz individual el valor de esa exigencia pública que las circunstancias mantenían amortiguada. Cuando esto sucede, como sucedió en España con el secuestro y asesinato de Miguel Ángel Blanco en 1997, el hecho individual adquiere un valor universal. ¿Por qué? Porque en ese hecho individual vemos dibujarse algo que no es un hecho y que no es individual: vemos dibujarse la regla universal que —no sólo de acuerdo con la ley pública, sino también con nuestra conciencia— debe

*“La conciencia individual es siempre conciencia universal,
conciencia del valor universal de la dignidad
y de la libertad individual”*



regir el comportamiento civil, la vemos en la medida en que ha sido miserablemente pisoteada. La reacción de miles de personas contra ese asesinato pareció una anomalía, una rareza comparada con la "normalidad" con la que se habían aceptado otras veces hechos similares, pero no era nada anómalo, era la norma que se rebelaba contra los hechos, era el despertar de la conciencia de lo intolerable. Muchos comprendieron entonces que lo excepcional, el estado de excepción civil, era, por el contrario, el adormecimiento moral de la conciencia en el que se había vivido en buena parte hasta entonces.

El valor de esa conciencia despierta no puede exagerarse, porque no sólo nos advierte contra el avasallamiento y la sumisión por parte de tantas fuerzas exteriores que nos amenazan, sino que sobre todo es la úncia que nos protege contra nuestra propia miseria moral. Y todavía tenemos bastantes razones para el insomnio. Pues esta es la tercera paradoja de la conciencia: que sólo si permanece despierta puede dormir tranquila.

◀ **07/14/1997.** Bilbao. España. Manifestación contra ETA en protesta por el asesinato del concejal de Ermua Miguel Ángel Blanco.
Foto: El Mundo



www.fmiguelangelblanco.es